



PUCMM

Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra

EL VALOR DE LA VIDA POLÍTICA

Mons. Fausto Ramón Mejía Vallejo

Cátedra inaugural año académico 2023-2024

EL VALOR DE LA VIDA POLÍTICA

Mons. Fausto Ramón Mejía Vallejo

Cátedra inaugural año académico 2023-2024



Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra
República Dominicana, 2023



PUCMM

Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra

Cátedra inaugural año académico 2023-2024

Vicerrectoría Académica

“El Valor de la Vida Política”

Mons. Fausto Ramón Mejía Vallejo

Dictada el 11 de septiembre de 2023, CSTI

Serie Cátedras

ISSN: 2636-2228

© Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 2023

Diseño y Diagramación:

Samuel M. Pichardo López

Corrección:

Departamento Editorial

Impresión:

Artes Gráficas y Multimedia

Departamento Editorial

Carmen Pérez Valerio, Directora

Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra

Santiago de los Caballeros, República Dominicana, 2023

PALABRAS DE BIENVENIDA E INVOCACIÓN

Rvdo. P. Dr. Secilio Espinal

Rector, PUCMM

En esta tarde, nos convoca un evento sin precedentes y trascendental en la vida de la comunidad universitaria: dar inicio formalmente al año académico. Este es un proyecto de la institución y, al mismo tiempo, un proyecto de cada uno de ustedes. Lo iniciamos de manera conjunta con metas e ideales para avanzar juntos hacia el propósito de mejorar como individuos y formarnos como futuros profesionales, con el fin de servir a nuestro país desde diversas disciplinas, competencias y habilidades que adquirimos en nuestra formación integral, que nos brinda esta Madre y Maestra. Encomendemos este proyecto, que iniciamos como comunidad universitaria, a las manos del Dios Creador.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén. Padre de amor y bondad, Creador de todo cuanto existe en el Cielo y en la Tierra, te presentamos este año académico que iniciamos con esperanza, estímulo, regocijo y alegría. Te pedimos el don de la ciencia, la inteligencia y la sabiduría para que, de esta manera, podamos trascender en el conocimiento, no solo de ti, sino también en la ciencia, la tecnología, las artes y otros campos del saber. Deseamos compartir este conocimiento como comunidad, no solo en el ámbito académico, sino en todos los aspectos de la vida universitaria. Queremos desarrollarnos como seres humanos y miembros de la sociedad, capaces de interactuar y convivir de manera saludable, plena y positiva con los demás.

Además, deseamos servir a quienes más lo necesitan con compasión, solidaridad, tolerancia y responsabilidad. Queremos estar siempre dispuestos a tender una mano y contribuir a un mundo más humano y solidario, permitiendo que cada uno pueda vivir en alegría y paz.

Te pedimos que nos bendigas en este camino y que bendigas al conferencista, Mons. Fausto Mejía Vallejo. Asimismo, que cada uno de nosotros pueda ser terreno fértil para asimilar y aplicar lo que se comparte durante todo el año académico, de modo que podamos cosechar frutos en abundancia. Estos frutos deben brillar en toda la vida universitaria, para que podamos disfrutar y vivir en un entorno de esperanza, confianza y fraternidad.

Que el Dios que nos creó y que nos acompaña en esta tarde nos bendiga a todos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

PRESENTACIÓN

Ing. Julio Ferreira Tavera

Vicerrector Académico

Buenas tardes, estimados miembros de la comunidad universitaria

Señores miembros de la Junta de Directores

Señor Rector

Su excelencia reverendísima monseñor Fausto Ramón Mejía Vallejo, orador invitado

Compañeros vicerrectores

Apreciados decanos, directores, profesores, estudiantes, personal administrativo e invitados

Es grato para nosotros dar inicio formal, con esta Cátedra Inaugural, al nuevo año académico de nuestra Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Esta tarde, recibiremos nuestra lección de parte de monseñor Fausto Ramón Mejía Vallejo.

Fausto Ramón Mejía Vallejo, nació en Bejucal, Bonao, provincia Monseñor Nouel, entonces jurisdicción de La Vega, en el seno de una familia de diez hermanos. Es hijo del señor Hirán Mejía y de la señora María Eusebia Vallejo. Realizó parte de sus estudios primarios y secundarios en la escuela Manuel Aybar y en el Liceo Elías Rodríguez. Realizó los estudios filosóficos y teológicos en el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino (SPSTA). Fue ordenado sacerdote el 26 de noviembre de 1972, en Bonao para la Diócesis de La Vega. Cuando completó los estudios

de pedagogía en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), fue enviado a Roma donde obtuvo la licenciatura y el doctorado en Teología Espiritual, en las prestigiosas facultades romanas de la Pontificia Universidad Gregoriana y la Pontificia Universidad Lateranense.

A su regreso a República Dominicana fue encargado de varias parroquias como vicedecano y párroco, rector del Seminario Menor Santo Cura de Ars de La Vega, formador y profesor de muchos catequistas y diáconos permanentes, profesor de teología en el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino, rector del mismo y, además, rector de la Universidad Católica Tecnológica del Cibao (UCATECI).

Monseñor inició la experiencia de la Cena Pan y Vino, popularizada en todo el país, con el recordado padre Mateo Andrés.

Su ordenación episcopal fue el 28 de julio de 2012. Actualmente, es Obispo emérito de San Francisco de Macorís.

Monseñor Fausto es políglota, además de su lengua natal, habla latín, inglés, italiano y alemán.

También un prolífico escritor. Ha publicado columnas de reflexión en la Revista Amigo del Hogar. Fundó y dirigió la Revista Teológico — Pastoral Perspectivas.

Algunos de sus libros son:

Hacia un nuevo paradigma

La formación en valores

El cambio que nos libera

En mayo pasado, durante la celebración de la Semana del Libro PUCMM 2023, tuvimos el privilegio de poner en circulación, en este Campus de Santiago, su libro autobiográfico “El sonido del silencio”, donde, como él mismo dice, responde a la pregunta

“¿Cómo se ha sentido y se siente en este complejo teatro de la vida?”.

Para resumir la presentación de nuestro orador invitado, tomaremos prestadas las palabras de monseñor Freddy Bretón en el prólogo del libro *El sonido del silencio*, cito: “Fausto es, ante todo, un buen amigo; especialmente cuando alguien está en problemas. Sacerdote a carta cabal, con un profundo amor a la Iglesia. Trabajador incansable. Inquieto y sensible ante todas las manifestaciones humanas. Oteador del horizonte de la historia y presentidor de las nuevas corrientes en que labra el futuro”.

Apreciada familia universitaria, les agradecemos que nos acompañen esta tarde, de manera presencial y a través de nuestro canal de Youtube. Escuchemos con atención esta lección de vida que nos ofrecerá monseñor Mejía.

Estimado monseñor Fausto Mejía, le agradecemos que sea nuestro guía en este momento y le invitamos a ocupar al podio para que nos imparta la lección “El valor de la vida política” con la que inauguramos nuestro año académico 2023-2024.

**CÁTEDRA INAUGURAL
DEL AÑO ACADÉMICO 2023-2024**

Mons. Fausto Ramón Mejía Vallejo
Obispo emérito de San Francisco de Macorís

EL VALOR DE LA VIDA POLÍTICA

Mons. Fausto Ramón Mejía Vallejo

Rev. Padre Dr. Secilio Espinal, Rector de la PUCMM
Señores Vicerrectores y demás directivos de la universidad
Distinguidos profesores y personal de esta academia
Queridos estudiantes de esta prestigiosa universidad
Amigas y amigos todos

Quiero agradecer al señor rector la invitación que me ha hecho para esta conferencia con ustedes, en el inicio del año escolar y de este cuatrimestre; para mí es un honor y una distinción que aprovecho para felicitar a los actores principales de la universidad que son los estudiantes, por el doble privilegio que tienen de formar parte de esa pequeña élite de jóvenes que pueden estar en un centro de educación superior y, sobre todo, en una universidad del prestigio de esta academia. Igualmente, felicito a los académicos por tener la hermosa oportunidad de compartir sus conocimientos y ayudar a formar a los profesionales del mañana que contribuirán al desarrollo y a la paz social de nuestro país.

El tema que quiero compartir con ustedes es muy apasionante, pero a la vez muy comprometedor; me refiero al valor de la vida política en la que todos, de un modo directo o indirecto, estamos involucrados y que nos atañe a todos.

Voy a empezar con un pensamiento del gran pedagogo griego Sócrates, el creador del método de la mayéutica, que dice: “No puedo enseñar nada a nadie, solo les puedo hacer pensar”. Y es bueno saber que “pensar es el arte de los sabios”; y el sabio es aquel que puede y sabe encontrarse consigo mismo, con los demás y con Dios, para darle un sentido positivo a su vida; es el que hace suyo el aforismo del mismo Sócrates “*Gnoscete te ipsum*”, es decir, “conócete a ti mismo”. Es muy importante saber y entender quiénes somos, dónde estamos y cuáles son los desafíos a enfrentar, para comprender el valor de la vida política.

Empecemos diciendo que en las personas hay una predisposición genética a ser negativo, a caer en pesimismo al tratar de anticipar las cosas malas que se vislumbran, y eso nos afecta de manera individual y social.

Eso se hace mucho más evidente en la medida que vamos entrando en edad, que hace seamos más conservadores y con mucho miedo a los cambios. En todo eso influye positivamente la madurez humana y las experiencias que se van adquiriendo; pero también influyen las desilusiones y los desengaños que se sufren y los cambios vertiginosos que se van produciendo en la sociedad.

Los hechos que hoy influyen más en el pesimismo son la fragmentación de las familias y el cambio social, el descrédito de la política y de los políticos, la desconfianza en la democracia, el imperio reinante del individualismo, las delincuencias, las corrupciones, el narcotráfico, las redes sociales y las pérdidas de los valores fundamentales. A eso tendríamos que sumar los últimos acontecimientos que han revivido un rasgo característico y permanente de la historia de la humanidad que es la impredecibilidad o lo impredecible, como fue la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética y su ideología (Fin de la historia, se decía Francis Fukuyama); también la caída

de las Torres Gemelas en Nueva York el 11 de septiembre de 2001; la crisis mundial de la economía del 2008, la pandemia de la COVID-2019; la guerra de Rusia y Ucrania, la revolución tecnológica con su inteligencia artificial y la robotización industrial.

Todo eso nos indica que necesitamos nuevos paradigmas sociales y políticos y formas de pensamientos diferentes y divergentes, que ayuden a conciliar la postura de los dos tipos de personas hoy: los que rechazan el avance y el progreso, bajo el pretexto que cualquier tiempo pasado fue mejor (progresofobia) y los que sueñan con un progreso esperanzador a como dé lugar (progresofía).

El cristiano si conoce su fe tiene que tener una actitud positiva, sin miedo a lo impredecible del futuro y a los cambios, porque esperamos cielos nuevos y tierras nuevas y porque caminamos hacia el pleroma o escathon final; de ahí que debemos ser flexibles y adaptarnos a los cambios sin poner en riesgo los valores del Evangelio.

El estratega militar y de la geopolítica del español Pedro Baños en su libro sobre las 5 Encrucijadas, nos dice que tenemos que afrontar cinco grandes encrucijadas que son:

1. La Encrucijada Social (donde debe ponerse al ser humano y su dignidad en el centro).
2. La Encrucijada Política (donde se le devuelva su esencia o búsqueda del bien común).
3. La Encrucijada Económica (cambiar el modelo del neoliberalismo con su economía de mercado y del dominio de las élites).
4. La Encrucijada Tecnológica (Ciencia sin conciencia es la muerte del alma).

5. Y la Encrucijada Geopolítica (Las migraciones, los lugares emblemáticos como son: Marruecos, Turquía, La China, el Espacio y el Caribe).

Les recomiendo adentrarse en los objetivos de los países del BRICS que es un acrónimo con las iniciales de los 5 países fundadores (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). En la última reunión del 23 al 24 de agosto aceptaron a seis países más que serán miembros plenos a partir del 1 de enero del año 2024. Estos países son: Argentina, Egipto, Irán, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Etiopía. Esa fue una idea del economista Jim O'Neill, el primer encuentro fue en Ekaterimburgo en Rusia el 16 de junio del año 2009.

Los cinco problemas o desafíos que tenemos en América Latina y en nuestro país son:

1. La mala calidad en la educación
2. El desempleo de los jóvenes y los NINI
3. La inseguridad y la corrupción.
4. El deterioro familiar y el embarazo de las adolescentes
5. La migración

Para hacer frente eso es necesario:

1. Una educación de calidad que debe empezar en las familias
2. Un liderazgo responsable, con visión, innovación y con coherencia
3. La perseverancia, el trabajo y el emprendimiento
4. El cambio de la política, del clientelismo al bien común

Hablar de la política es hablar del ser humano y de la sociedad, que deben ser el centro de la misma; por eso quiero dar como válida la reflexión que nos hace el famoso filósofo español Fernando Sabater cuando nos invita a “mirar a nuestro alrededor para ver el cielo donde brilla el sol o flotan las nubes, ver los árboles, los ríos, las montañas o el ancho mar, dependiendo donde estamos, para luego decirnos que de todas las miradas hay una que es muy cercana y familiar que es la persona humana”. Previo a esa mirada que nos invita Sabater, ya tenemos nuestra identidad, porque al nacer lo primero que contemplamos es la sonrisa materna, el rostro de satisfacción del padre y la imagen del rostro de los demás y la riqueza de nuestro entorno, que es lo que implica entrar en nuestro mundo y en nuestra sociedad.

Todos nacemos en una sociedad y en una cultura determinada. Esa sociedad es la que da forma a nuestra mente, a nuestro lenguaje, costumbres, obligaciones y leyes que nos rigen, que es lo que nos define como animal social, al decir de Aristóteles.

El ser humano además de ser social, es un animal cívico y político, es decir, es capaz de construir diversas formas de sociedades y de transformarlas a la vez; obedecemos las normas o leyes de nuestro grupo, pero también nos rebelamos y la desobedecemos cuando se aplican con arbitrariedad, por eso dirá el filósofo Emmanuel Kant que somos “insocialmente sociables”, lo cual significa que nuestra forma de vivir en sociedad, no es solo obedecer, sino también rebelarnos cuando sea necesario.

Ese ser centro de todo el mundo creado, es lo que llevó a los griegos a sentir pasión por lo humano, por sus capacidades, sus astucias, sus virtudes y su energía constructiva; con razón escribió Sófocles en una de sus Tragedias “de todas las cosas dignas de admiración que hay en el mundo, ninguna es tan admirable como el hombre”; que debe ser de donde se inspiró Sabater.

Partiendo de ahí fue que los griegos inventaron la Polis o comunidad de ciudadanos gobernada por la libertad de los hombres, dando origen a la democracia, donde el principio

supremo era la Isonomía, es decir, las mismas leyes deben regir para todos: pobres o ricos, hijos de padres humildes o de cuna, tontos o listos. Más tarde los romanos nos aportaron el derecho, que ha sido la más importante modificación de la comunidad humana, que son reglas de juego comunes, precisas y públicamente divulgadas para regular con detalles los intereses de los individuos, sus conflictos y que son normativas para el sano convivir.

3.1 Qué es la política

A más de uno y a varias personas a la vez, les puede parecer que hablar de política no debe ser un tema recomendado y mucho menos por un obispo, porque en muchos rincones del mundo se le ve como sinónimo de “mentira, engaño, negocio, corrupción, inmoralidad, demagogia y suciedad”; ya que algunos se “cubren con el manto de la política para sus intereses egoístas y bastardos, apostasías y vilezas”, al decir de Emilia Pardo Bazán, en su libro *Los pazos de Ulloa*, Madrid 1973, p. 253.

Nosotros los dominicanos no somos una excepción, porque hemos sido víctimas de tantos engaños y frustraciones, que hasta hemos empezado a dudar de los hombres y mujeres reservas, que aún ven la política como un modo de servir a la patria y que entienden que ese modo de mirar la política es su parte patológica o enfermiza que ha terminado en clientelismo, olvidando su esencia que es ciencia del bien común que todos deberíamos admirar.

La palabra política viene del griego polis que es igual a ciudad, patria o estado, y significa “el arte de gobernar la ciudad”; por tanto, es la ciencia y el arte de buscar el bien común o bien de todos. La política pertenece al ámbito de lo público, es decir, de lo que afecta a todos, por eso debe ejercerse a la vista de todos y en beneficio de todos.

El Concilio Vaticano II va, justamente, en la misma dirección al decir “que la comunidad política nace para buscar el bien común, en el que encuentra su justificación plena y sentido, y del que deriva su legitimidad primigenia y propia” (GS, N.º 74).

Recordemos que el ser humano es un “ser social o animal social”, como ya lo expresamos antes; no es “un pequeño dios sin puertas ni ventanas” como lo describía el filósofo Leibniz, por lo cual tiene que vivir en relación con los otros y asumir e involucrarse como parte de su vocación en esa ciencia y ese arte que llama política. La dedicación a la misma debe ser reconocida como una de las más altas posibilidades morales y profesionales del hombre y la mujer, ya que es “una forma de dar culto al único y verdadero Dios” (Puebla 521); ya que a Dios se le sirve desde la fe y la política es una de sus dimensiones.

Para nosotros los cristianos, así como también para los hombres y mujeres de buena voluntad, la política debe ser la forma de ejercer la virtud de la caridad, y participar en ella no es solo un derecho, sino también un deber. Al respecto el famoso teólogo Dominique Marie Chenú afirma que “la caridad con el prójimo no es solo con las personas individuales, sino con las masas humanas, en especial, con los más pobres” (Chenu, *Los cristianos y la acción temporal*, Barcelona 1968, pp. 125-153). El Papa Benedicto XVI nos dice que “si caridad es el elemento más alto de vida cristiana, entonces el nuevo nombre de la caridad debe ser la política que es la búsqueda del bien común o bien de todos”.

3.2 Fe y Compromiso Político

Siguiendo el pensamiento de Chenu sobre la caridad o amor al prójimo, que es la cumbre y cima de la fe, esta es la que fundamenta, motiva y da sentido al compromiso político. Pero es bueno aclarar de inmediato, que ni la fe, ni la biblia, nos dan

fórmula concreta de política, sino que nos inspiran y nos urgen para el compromiso y la acción en favor de la justicia, la paz, la convivencia y el desarrollo de las personas y de los pueblos.

A este respecto siempre serán válidas las palabras de la Conferencia Episcopal de Francia, cuando exhortaban a su pueblo diciéndole: “La Biblia no ofrece, ni tiene por qué ofrecer, un modelo de organización de la sociedad, pero en ella aparecen exigencias éticas, definidas de forma absolutamente clara; como son: el respeto a los pobres, la defensa de los débiles, la protección de los extranjeros, la desconfianza frente a la riqueza, la condena del dominio ejercido por el dinero, la destrucción de los poderes totalitarios” (CEF, Para una práctica cristiana de la política, París).

La fe es un compromiso, una respuesta que se expresa en la práctica de la justicia, de la solidaridad y la denuncia de cualquier tipo de opresión. Un cristiano por el hecho de serlo, debe comprometerse con la justicia y el bienestar social; pero sin olvidar que la fe trasciende en la política. El Evangelio ofrece al cristiano criterios de orientación e inspiración para trabajar en la justicia social y la dignidad, a favor de las mayorías pobres y necesitadas. Esa participación o militancia cristiana de los laicos en la vida política exige preparación, competencia, conocimiento de la realidad social y una espiritualidad sólida para no buscar sus propios intereses, sino el bien de todos.

Cuando el Magisterio Jerárquico de la Iglesia se pronuncia sobre los principios sociopolíticos, lo hace en función de lo que puede afectar la dignidad y los derechos de la persona, el sentido de la existencia humana, y lo hace desde los valores éticos. Es algo indiscutible que la Iglesia siempre ha llamado a los fieles al compromiso político; ahí están por ejemplo las palabras de León XIII que exhortaba a los fieles diciéndoles: “no querer tomar parte alguna en la vida pública sería tan reprehensible como no querer prestar ayuda al bien común (León XIII, Inmortale Dei). Pero la

exhortación más contundente y clara acerca del compromiso político de los cristianos nos lo da el Concilio Vaticano II cuando afirma:

“Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político; conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos” (GS, n. 75).

Ese texto del Concilio Vaticano II describe perfectamente los criterios que un cristiano debe tener para incursionar en la vida política: entender que se trata de una vocación o llamada; hay que prepararse para ejercerla con dignidad y rectitud; debe irse con una actitud de servicio y con la disponibilidad de luchar contra todo lo que atenta a la dignidad de la persona.

Esa participación tiene que darse en distintos niveles: no todos están llamados a esta noble tarea como vocación u oficio; es decir, a dedicarse a tiempo completo a ese ministerio; los que están llamados deben prepararse para ejercer cargos públicos; pero es bueno hacernos conscientes que sí, todos estamos llamados al sufragio libre para elegir a hombres y mujeres serios y responsables que administren con ética y pulcritud los bienes que pertenecen a todos. Es bueno advertir y hacer consciente a los cristianos que desde su fe entran a la vida política, que esta tiene dos grandes tentaciones:

1. El poder tiende a corromper. Si analizamos nuestra vida democrática de los últimos casi 75 años, nos daremos cuenta que la corrupción se ha hecho presente en casi todos los gobiernos que hemos tenido.

2. Los políticos están siempre amenazados por lo que llamamos “la erótica del poder”; eso quiere decir, que lo que es un medio para servir, se puede convertir en un fin para provecho personal. Esa tentación ha sido una constante en casi todos los gobiernos; ahí está el clientelismo político que ha sustituido la verdadera esencia de lo que debe ser la política como ciencia del bien común; ese espíritu mesiánico que le ha entrado a más de uno que le lleva a pensar que “no hay nadie más que pueda sustituirme”, de ahí el fantasma de la reelección y el consabido derroche de los recursos del Estado para tal fin. Es ese impulso cuasi instintivo de querer perpetuarse en el poder a como dé lugar. Razón tenía Sancho al decir, antes de empezar a gobernar la ínsula Barataria, que “es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado” (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid 1970, p. 1649).

Las tentaciones políticas llevan a desconocer la relación que debe existir entre la ética y la política; y algunos lo justifican basándose en lo que es el realismo político que afirma que es legítimo recurrir a cualquier medio con tal de alcanzar los objetivos fijados; y se valen para justificarlo del antiguo aforismo romano que decía “*Salus populi suprema lex est*”, “la ley suprema es la salvación del pueblo”; de ahí la doble moral de muchos que están convencidos que hay una ética especial para la política, distinta a la ética ordinaria que debe regir a todos; de ese modo dan el visto bueno a Maquiavelo quien planteó con la mayor crudeza la dificultad de conciliar ética y política, al decir:

“Quienes pretenden tal cosa, no saben en qué medio viven, porque hay mucha distancia en cómo se vive y cómo se debería vivir ... y el que pretende vivir de acuerdo a lo que debería ser, se arruinaría en vez de tener éxito... por eso el Príncipe, si desea mantenerse en su Estado, aprenda a no ser bueno, y a servirse o no de esta facultad a tenor de las circunstancias” *El Príncipe*, Barcelona 1974, pp. 175 -176).

Esa manera de concebir la política es muy grave y penosamente es el principio que norma a muchos políticos, ya que “el fin justifica los medios”; de ahí que la Iglesia insista tanto en los cristianos, que deben participar en la vida política, pero hacerlo con la conciencia de ir a servir y a buscar el bien común, respetando los principios y los valores éticos, de ese modo pueden dar aportes significativos y devolver el lado positivo a la misma.

Se contribuye también a quitar esa impresión de que la política es algo sucio y un oficio para los perversos, echar a un lado lo que dice Charles Péguy que “la única manera de conservar las manos bien limpias es no tener manos”; a lo que responde muy bien el teólogo Caffarena que “no tener manos es el modo de ser cómplice por omisión de toda la suciedad de este mundo” (José Gómez Caffarena, *La entraña humanista del cristianismo*, Bilbao 1984, pp. 247-248).

3.3 La política en la Doctrina Social de la Iglesia

La doctrina social de la Iglesia es parte integrante de la moral social fundamental, de la antropología y de la concepción cristiana de la vida y de la sociedad, que ayuda a crear la base del vivir social del ser humano. Esto es así, porque el Magisterio en materia social contiene “principios, criterios y orientaciones para la acción de los cristianos en la tarea de transformar el mundo según el plan o proyecto de Dios” (Doc. de Santo Domingo, 1992, p. 158).

Es que esta “mira al ser humano en su situación histórico – social, cultural y estructural, dando prioridad a las personas sobre las cosas, a la ética sobre la técnica, al espíritu sobre la materia y al trabajo sobre el capital” (*Laborem Exercens*, N.º 12; *Redemptoris Hominis*, n. 6).

Cuando la Iglesia se pronuncia en asuntos sociales y políticos, lo hace inspirada en el querer de Dios Padre y de Jesús, el Señor de la historia que reclama justicia y derecho para el prójimo.

Hay muchos textos en el Antiguo Testamento que expresan el querer de Dios que es el amor a los necesitados. El texto por excelencia y paradigmático es el capítulo 3 del Éxodo, donde Dios escoge a Moisés como instrumento para liberar a su pueblo, con esas palabras tan claras y precisas “Moisés yo he visto la opresión de mi pueblo; he oído el llanto y el dolor de mi pueblo, por eso he bajado” (Ex 3, 1ss). Aquí Dios se revela como el Dios cercano al pobre, el Dios de la historia, el Dios liberador. El libro del Deuteronomio afirma “que el amor a Dios pasa por el amor al prójimo” (Deut 24, 14-15). El profeta Amós denuncia el maltrato de los pobres, quienes son víctimas de cargas fuertes impositivas (Amós 5,11); por eso arremete contra quienes les exprimen, les aumentan el precio, les hacen trampa y los compran por dinero (Amós 8,4).

El profeta Isaías en el mismo tenor dice que la mayor perversión está en el derecho, que, en vez de sancionar las desigualdades económicas y el robo, lo promueven, porque “las leyes solo sirven para expandir el poder y el capital de los poderosos” (Is 10, 1-4). Lanza un gran anatema o amenaza contra quienes hacen eso al decir: “Ay de los que decretan decretos inicuos... y acumulan casas y campos” (Is 5,8-10); los que emiten sentencias injustas (Is 5, 22-23); los que banquetean espléndidamente con el dinero del robo” (Is 5, 11-13); “los que roban a los pobres” (Is 3,14).

Esa radiografía que hace el profeta Isaías de la realidad de su tiempo, se puede aplicar exactamente a la situación que se ha venido dando en nuestro país, donde la corrupción ha llegado a niveles nunca vistos, donde el enriquecimiento con el erario nacional ha sido la constante de muchos; con una justicia injusta amañada y controlada por el poder clientelar; donde la impunidad está ahí viva y sin guardar ni siquiera la apariencia; donde la exhibición del botín acumulado se muestra sin ningún rubor.

Jesús no se hace esperar y presenta un mensaje mucho más radical que el de los profetas, centrando su enseñanza en el amor a Dios y al prójimo. Comienza su ministerio apelando a Isaías 61, 1ss, donde este daba las señales precisas “los ciegos verán, los sordos oirán, los tullidos caminarán, los leprosos serán curados y los pobres son evangelizados”, y Jesús añade a esa profecía “hoy se cumple esta profecía que ustedes acaban de escuchar” (Lc 4, 1ss).

Para que eso se realice, Jesús llamó a personas humildes y sencillas como fueron los primeros cuatro discípulos; igualmente llamó a gente de mala reputación como fue el caso de Leví o Mateo; fue a comer a casa de Zaqueo (Jn 19, 1ss); perdona a la prostituta; promulgó como única ley la ley del amor hasta a los enemigos. Es muy concreto cuando dice “el que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene, el que tenga para comer que haga lo mismo” (Lc 3, 11), y sigue diciendo “si alguno tiene bienes de la tierra y ve a su hermano padecer necesidad y le cierra el corazón, en ese no puede permanecer el amor de Dios” (1 Jn 3, 17). Todo eso es expresión de que el Reino de Dios ha llegado y tiene que hacerse visible en medio de nuestra sociedad, si la edificamos sobre la justicia y la fraternidad en vista a vivir en paz.

Es que Jesús llamó y llama hoy a un compromiso de servicio y de solidaridad con los más pobres y los excluidos de la sociedad, tal como Él lo hizo que llamó a humildes, a los enfermos, a los sin títulos para elevarlos a la categoría de hijos de Dios, cuyo valor no está en lo que posean, en los títulos, en la escala social que ocupen, sino en su propia persona. De ahí que su objetivo fundamental fue hacer de todos los pueblos y naciones, hombres y mujeres, esclavos y libres, santos y pecadores, una comunidad de hermanos.

Recordemos que la Doctrina Social de la Iglesia tiene su punto de partida con la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, que es como “un oasis o zona verde en el desierto de la teología moral” (Marciano Vidal, *Moral de actitudes*, Madrid 1988, p. 55); donde se reflexiona en tres elementos fundamentales: 1.- La situación calamitosa de la clase obrera, 2.- El derecho de la propiedad privada y 3.- La función del Estado. Esta es como una guía para el comportamiento y compromiso de los cristianos en todas las cosas referentes a la cuestión social.

El punto de partida en el aspecto doctrinal es el principio o valor de la dignidad de la persona humana, que a la luz de la revelación nos dice que “la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios... a ser hijo de Dios” (GS, n. 19).

De este principio surgen dos principios más que son complementarios: 1.- El de la Solidaridad y 2.- El de la Subsidiaridad. El principio de la solidaridad tiene el mismo propósito que la política que es la búsqueda del bien común o bien de los demás; el bien de todos y de cada uno en particular, porque todos somos responsables de todos.

Es por este principio que la Iglesia se opone al individualismo ya sea social o político, porque éste niega la esencia de lo que somos y de lo que debemos ser: seres sociales por excelencia que es la forma de realizarnos y ayudar a realizar a los demás de una manera digna. De este principio se derivan dos principios más: 1.- El destino universal de los bienes, que es “el primer principio de ordenamiento ético – social” al decir de (Laborem Exercens, n. 19) y 2.- La opción preferencial por los pobres (Puebla). De ese modo la Iglesia evidencia su preocupación y opción privilegiada por los más pobres, por ser los más vulnerados y son los predilectos del Señor.

Con el principio de la Subsidiaridad se evoca la idea de suplencia, de auxilio y de ayuda. Todo aquel que desea realizar obras buenas, orientadas al bien común, hay que concederle libertad para que las realice. Es uno de los principios más importantes de la doctrina social de la Iglesia, hasta fue incorporado en el texto jurídico del Tratado de Maastricht de la Unión Europea. Su aplicación se da en todos los ámbitos de la organización social: el económico, el político, el cultural, el educativo, en la acción social.

Esa es una de las razones de por qué la Iglesia tiene 7 universidades católicas y tres Institutos de educación superior, muchos colegios católicos, politécnicos, escuelas técnicas; diferentes dispensarios médicos, distintos centros de promoción social, canales de televisión, emisoras de radio, etc., para ayudar a suplir lo que le corresponde al Estado, en beneficio de los más necesitados.

El Catecismo de la Iglesia Católica lo describe muy bien al decir “Dios no ha querido retener para Él solo el ejercicio de todos los poderes. Entrega a cada criatura las funciones que es capaz de ejercer, según las capacidades de su naturaleza. Este modo de gobierno debe ser imitado en la vida social” (N. 1884).

3.4 El valor de la vida política

La política es un valor porque es la ciencia y el arte del bien común; es el arte de gobernar y gobernar es tomar decisiones que son obligatorias para todos en la búsqueda de su bien.

Esas decisiones tienen que ver con los bienes materiales, espirituales, con los servicios y los valores de la libertad, la justicia, la vida, la dignidad humana y los derechos fundamentales de la persona. La política como ciencia y arte es una realidad muy compleja y delicada, porque dice relación con la sociedad

y con el poder; y, además, con las decisiones obligatorias, la legitimidad, la autoridad, los actores individuales, como son los líderes de opinión, los partidos políticos, los sindicatos, los empresarios, los profesionales, la sociedad civil y por supuesto, los procesos y estructura de poder.

Recordemos que los líderes y los grupos políticos suelen moverse y actuar guiados por ideas, opiniones, valores, actitudes o ideologías que, a la vez, son las que definen el tipo de sociedad que buscamos y queremos construir. Estos pueden ser criterios que pueden ayudar al ciudadano a identificar a los partidos y a los líderes, para saber así los valores que encarnan para beneficio de la sociedad.

El político que ejerce esa vocación o ciencia del bien común que se llama la política, necesita dotes, disposiciones y preparación; ya que esta se coloca en la confluencia de las distintas ciencias humanas, tales como la historia, la economía, la sociología y la psicología; pero necesita también la referencia ética y moral, porque está relacionado con el quehacer del ser humano, al que tiene que procurar su bienestar y facilitarle la convivencia y la paz dentro de la sociedad.

El político con valores éticos y que de verdad quiere servir tiene que tener disponibilidad para escuchar a su pueblo, para comprender mejor sus anhelos y así poderlo servir mejor. Es un hombre de una actitud abierta, pero firme, para cumplir las leyes que benefician a la mayoría y tener manos duras contra todo tipo de corrupción y engaño.

No debe tener apego al poder, para no convertirlo en idolatría en la que prevalezca la vanidad; al contrario, debe ser una persona transparente y coherente que lo que exige sea capaz de vivirlo primero, porque, por ejemplo, no se puede pedir austeridad a un pueblo, mientras él y sus funcionarios siguen dilapidando los dineros del Estado. Es la persona que sabe muy bien que el poder no es un fin en sí mismo, como piensan algunos, sino un

medio para buscar el bien de la mayoría. Con razón decía Pablo VI “El poder es el instrumento necesario para un servicio y está en manos de la autoridad que viene de Dios por medio del pueblo” (*Pacem in Terris*, pp. 46-47).

El centro de la política y su fundamento ético es el ser humano: su bien temporal, espiritual, su bienestar material, su desarrollo cultural, personal y comunitario, porque “el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales y políticas es y debe ser la persona humana” (GS, nn. 25-26); de ahí que sea tan enfático el Concilio al señalar que “el cristiano tiene el deber de participar en la construcción de la sociedad temporal y si falta a estas obligaciones falta a sus deberes con el prójimo” (GS, n. 43).

El Papa Pablo VI en la misma Encíclica *Pacem in Terris* nos dice que hay cuatro pilares para la vida democrática, que están basados en el consenso y sobre los valores fundamentales y el pluralismo, hacia la consecución del bien común, en vista al desarrollo de la sociedad que son: 1.- La verdad, 2.- La justicia. 3.- El amor y 4.- La libertad. Por eso la Iglesia hace un llamado ferviente a los cristianos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, a insertarse y tomar parte activa en la vida política, para que esta no pierda su razón de ser, que es el servicio y el desarrollo y el progreso de la nación.

A este respecto Luigi Scalfaro, quien fuera Primer Ministro de Italia hace algún tiempo, confesaba que una vez el Papa Juan Pablo II les recordaba en un Jubileo a los políticos católicos, la exhortación que hizo Pío XII a un grupo de jóvenes parlamentarios católicos entre los cuales se encontraba Alcides di Gasperi: “Vayan al Parlamento para servir; y no cedan en cuestión de principios; tengan las puertas abiertas, pues la democracia significa colaborar; no piensen en sus intereses particulares, sino en los de la comunidad: vayan al Parlamento con espíritu ágil, capaces de subir escalones si les piden desempeñar puestos de responsabilidad, pero también de bajar con elegancia y humildad

cantando alabanzas al Señor... sin romperse el “fémur espiritual”, que es una de las fracturas más dolorosas y peligrosas”.

En esa exhortación está sintetizado lo que debe ser un político con principios y con valores y por supuesto con vocación a ese ministerio. Debe ser una persona íntegra y formada especialmente en los valores humanos, para poder resistir las tentaciones del poder y evite el pecado de la soberbia, que es pensar en sí, en la propia carrera o en su propio interés.

3.5 Vivencia y testimonio de algunos políticos

La Iglesia al reconocer la importancia de la vida política, ofrece un patrón que sirve de inspiración y de paradigma a los políticos; se trata de Santo Tomás Moro, un caso preclaro de lo que debe ser una vocación política al servicio del pueblo. Su testimonio siempre será actual como llamada a servir a los pobres y a los intereses del pueblo. Participó activamente en la política, guiado por el principio de equidad, de ahí que ni las riquezas, ni los honores hicieron mella en él, porque no se dejó seducir por eso, ya que nunca aceptó ir contra su conciencia, prefiriendo llegar hasta el sacrificio supremo del martirio con tal de ser fiel a sus principios y valores. Es inspirado en este santo que el político venezolano Arístides Calvani decía “hay tres cosas que mueven a la humanidad y tienen que movernos a nosotros: 1.- La fe en los hombres y las mujeres. 2.- La esperanza en un mundo mejor y 3.- La solidaridad humana”.

Es bueno destacar también que hay una gran cantera de hombres y mujeres que desde la vocación política han sabido como Tomás Moro, dar lo mejor de sí a la causa de justicia y el desarrollo de su pueblo. Tomemos como muestra y ejemplo a Alcides de Gasperi y Aldo Moro en Italia; Konrad Adenauer y Helmut Kohl y Ángela Merkel en Alemania; Charles de Gaulle en Francia, John Fuster Dulles en Inglaterra; Eduardo Frei Montalva

y Ricardo Lago en Chile, Rafael Caldera en Venezuela, José Figueres en Costa Rica, José Mujica en Uruguay, Luiz Inácio Lula de Silva en Brasil y en nuestro país con sus luces y sombras Joaquín Balaguer, Juan Bosch y José Francisco Peña Gómez.

Hoy necesitamos políticos de vocación, que devuelvan la esencia a la política como ciencia del bien común; que piensen más en el bienestar de la nación y no tanto en el poder o en los bienes que este puede dar. Que dejen de lado el neoliberalismo con su economía de mercado que solo ha servido para excluir y sepan que a un pueblo solo lo salva el mismo pueblo, con el orden, la disciplina y el trabajo. Que ayuden a superar esa mentalidad hedonista, consumista e individualista; o bien, lo que llamó el Papa Benedicto XVI “la dictadura del relativismo”; sin referencia ética, porque la única preocupación es el deseo del goce inmediato, el deseo de marca, de dominio y de poder; dando razón a Mahatma Gandhi cuando decía que el hombre moderno es presa de los 7 pecados capitales: la política sin principios, negocios sin moral, bienestar o riqueza sin trabajo, educación sin carácter, ciencia sin humanidad, goce sin responsabilidad y religión sin sacrificio.

Es frente a esa situación que debemos detenernos a reflexionar y de inmediato ponernos en acción, muy especialmente sobre los desafíos que hoy tenemos que enfrentar y que tan hermosamente se describe en la V Conferencia de Aparecida, donde se destaca “el cambio de época”, cuyo primer impacto es en el ámbito cultural, como es el caso de la movilidad humana y la migración que ponen en peligro muchos valores y la identidad nacional. Ese impacto cultural se hace sentir más fuertemente en la estructura familiar, donde las tradiciones y los valores fundamentales de la misma se han venido invirtiendo y en cierto modo sustituyendo por antivalores. Estamos de acuerdo que es en la familia donde se aprenden valores tales como: el amor, el respeto, el trabajo,

la convivencia, la responsabilidad y la honradez; y ahora uno se pregunta y dónde está el respeto a la persona, y la honradez dónde fue a parar, y el amor al trabajo y la responsabilidad por dónde andan.

Hace falta un proyecto de nación consensuado por todos los partidos políticos y la fuerza viva de la nación, donde se prioricen aquellos elementos que contribuyan mejor al progreso y a la paz social. Es urgente igualmente la Ley de partidos políticos que deje de lado el aspecto clientelar y se le devuelva la esencia a esa ciencia que es el bien común; debe priorizarse la educación cívica y política en las escuelas y en la población; que se independicen y se separen de verdad los poderes del Estado. Si esto se hace así, el pueblo que es muy sabio y sabe muy bien que el país es de todos y todos tenemos que ayudar a construirlo, entonces se pondrá de pie y de ese modo se hará el país y la sociedad que todos queremos y deseamos.

Para esa toma de conciencia sería bueno que observemos los siguientes elementos:

1. Cumplir y acatar la Constitución, las leyes y las decisiones legítimas de las autoridades competentes. Es respetar los derechos de los demás, tanto en la familia, el trabajo y en la convivencia social.
2. Defender la integridad territorial del país. Eso conlleva tener sentido patriótico, defender y cuidar la nación; interesarse por estudiar su historia y su geografía; valorar sus próceres, respetar sus símbolos: la Bandera, el Himno Nacional y a los Padres de la Patria; pero, sobre todo, siendo ciudadanos ejemplares, honrados y respetables.
3. Promover el bien común y el interés general por encima del bien e interés particular (individualismo); de ahí la necesidad de que cada uno haga un esfuerzo por vivir

y colaborar con el orden, el trabajo y el ahorro; que los jóvenes inviertan tiempo en su formación y los padres no escatimen esfuerzo por dotar a sus hijos de la mejor herencia que es su capacitación moral y profesional.

4. Eso nos ayudará a todos a combatir cualquier acto de corrupción, de delincuencia y de inseguridad; cambiar la cultura permisiva y del espectáculo, que nos analiza muy bien Mario Vargas Llosa en su libro *La Civilización del Espectáculo*, (México, 2012, pp. 33-59), por una cultura de vida con sentido ético, donde cada quien se responsabiliza de su vocación o profesión, comenzando con los padres de familia, los maestros y maestras, los funcionarios públicos que deben servir al bien común y manejar con ética y pulcritud los bienes públicos en procura del desarrollo y de la paz social.
5. Los cristianos y los hombres y mujeres de buena voluntad deben participar activamente en la vida política, la vida cívica y comunitaria de manera honesta y transparente. Hacerse presente en toda la dinámica social hasta que a cada ciudadano se le dote de educación, salud, luz eléctrica, agua potable, una vivienda digna, un trabajo y seguridad ciudadana.

Si miramos así la política entonces esta se convierte en algo fascinante y que vale la pena cultivar; y es necesario hacerlo así para no seguir sufriendo retrocesos hasta convertirnos de nuevo en hombres y mujeres de la caverna.

Hay que tomar conciencia por tanto, que los seres humanos somos impredecibles, capaces de actuar como ángeles y como bestias; y no importa que ese accionar se haga en nombre de Dios, de la razón, de la naturaleza humana, del orden, de la libertad y del progreso; todos llevamos dentro “la marca del pecado”,

al decir de San Pablo, por lo cual conscientes e inconscientes, tenemos esa inclinación hacia la dominación, la voluntad de poder, el afán por la fama, el prestigio y el tener como norma básica de vivir.



Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra
Departamento Editorial

Campus de Santiago (CSTI)

Aut. Duarte km 1½, Santiago de los Caballeros,
República Dominicana

Campus de Santo Domingo (CSD)

Av. Abraham Lincoln, esq. Av. Simón Bolívar, Santo Domingo,
República Dominicana

Teléfono: 809 580 1962 • www.pucmm.edu.do